

ENIGMAS Y LIBROS DE LA LITERATURA UNIVERSAL

SANTIAGO POSTEGUILLO LA SANGRE DE LOS LIBROS



SANTIAGO POSTEGUILLO

LA SANGRE DE LOS LIBROS

Enigmas y libros de la literatura universal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Santiago Posteguillo, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2014

Depósito legal: B. 18.127-2014

ISBN 978-84-08-13242-4

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

<i>Prólogo</i>	9
El gran rescate	11
De una mosca y un mosquito a una obra maestra de la literatura universal	19
Las tres condenas a muerte	25
Los versos perdidos	33
El proyecto secreto y una tumba perdida	41
El arresto	47
Una noche de pendencia	53
Un calambur	61
Del poder de Ramsés II al ingenio de Woody Allen	67
Los poetas del <i>heavy metal</i>	73
Demolición	79
Los misterios de Eveline	85
Un duelo sangriento sobre la nieve blanca	91
Cartas rotas	97
El primer «CSI»	103
Agorafobia	109
El eclipse	119
Tusitala	125
La biblioteca del conde Drácula	131
Literatura más allá de la muerte	137
El <i>seppuku</i> del león de Transvaal	143

La reencarnación de Shakespeare	149
El arma secreta	157
Un emperador y un poeta	163
El asesinato de Agatha Christie	169
Un poeta socialista cara al sol y con la camisa nueva	177
Un premio Nobel de Literatura de Cuenca	183
Literatura en coma	189
La piel de un libro	195
Justicia poética para el viaje interestelar del VIH	201
<i>Bibliografía y algunas lecturas recomendadas</i>	209
<i>Índice alfabético</i>	213
<i>Agradecimientos</i>	221

El gran rescate
Cuando Europa del Sur rescató
a Europa del Norte

Roma, 62 a. C.

Marco Tulio Cicerón cruzó el foro con paso rápido. Aun así se veía obligado a detenerse con frecuencia para recibir elogios por sus magníficas intervenciones en el Senado, donde había atacado a Catilina poniendo al descubierto su conjura para dar un golpe de Estado y hacerse con el poder absoluto en Roma. Sin embargo, aquella mañana repleta de felicitaciones de sus colegas, Cicerón estaba preocupado por otro asunto muy diferente, pero no por ello menos doloroso para su ánimo. Licinio Archia, su antiguo maestro griego de retórica, lo necesitaba: tiempo atrás, apoyado por el senador Lúculo, había conseguido la ciudadanía romana por sus muchos años en Roma y sus grandes servicios prestados en la educación de jóvenes romanos, entre ellos el propio Cicerón; pero ahora, los enemigos de Lúculo, dispuestos a humillarlo, intentaban expulsar al viejo maestro griego de la ciudad, aprovechando la Ley Papinia, que permitía denunciar altas erróneas en la ciudadanía romana.

Cicerón entró en la basílica donde iba a tener lugar aquel juicio y se sentó junto al viejo Archia.

—No te preocupes, viejo amigo —dijo Cicerón poniendo la mano sobre el hombro de su abatido tutor—. No

pasarás tu vejez lejos de tus amigos, sino aquí, en Roma, donde muchos sabemos apreciar tu trabajo y tu sabiduría.

Archia asintió con serenidad. Estaba en manos de su mejor alumno. No sabía cómo lo conseguiría, pero no dudó ni por un momento que Cicerón sería capaz de dar la vuelta a cualquiera de los argumentos que fueran a esgrimir sus adversarios. Hombre siempre cauto, pensó que en todo caso era conveniente que su antiguo alumno no infravalorase la capacidad del enemigo.

—No te confíes, muchacho.

Nadie más llamaba a Cicerón «muchacho», pero aquel anciano podía permitirse ésa y cualquier otra libertad con el afamado senador.

—No lo haré, por Cástor y Pólux —respondió Cicerón, y se volvió hacia el tribunal. El abogado de la acusación comenzaba a exponer los motivos que movían a sus clientes a denunciar a Archia por falsa ciudadanía romana.

—No hay registro alguno de la supuesta ciudadanía romana de este hombre —empezó el acusador con voz potente e inflexible—. Ningún archivo de Roma contiene ni una referencia a un ciudadano romano de nombre Archia. Y que no se nos esgrima desde la defensa una posible carencia en estos archivos por falta de orden o mantenimiento: Metelo ha realizado además censos recientes y tampoco en ellos fue inscrito el acusado como residente en Roma. Ni registros antiguos ni nuevos sobre su ciudadanía. No hay nada. Sólo estamos ante un extranjero que intenta permanecer de forma ilegal en una ciudad a la que no pertenece. ¿Qué mensaje vamos a dar a otros extranjeros que estén en similar situación? No, miembros del tribunal: hay que ser inflexibles y aplicar la Ley Papinia con todo su rigor. Si resulta que el acusado goza de cierta fama o popularidad

entre algunos de los aquí presentes, mayor ejemplo será. Que se vea que la ley se aplica en Roma en todo su rigor de igual forma para todos, más allá de las amistades tras las que alguien se quiera ocultar para evadir su cumplimiento estricto.

Y así, durante un largo rato, consumió el acusador las diferentes clepsidras o relojes de agua que tenía asignados para su intervención, reiterando una y otra vez los argumentos expuestos, como si a fuerza de martillar con las mismas ideas fuera a conseguir esculpirlas en la cabeza de todos los que se habían reunido aquella mañana en la basílica.

Llegó, al fin, el turno de la defensa.

Cicerón dio entonces varios pasos y se situó frente al tribunal. Cerró los ojos. Inspiró profundamente. Los abrió y empezó a hablar:

—*Si quid est in me ingenii, iudices...* [Si hay algo de habilidad en mí, miembros del tribunal...], no es por otro motivo que gracias a mi maestro, a quien hoy juzgáis con el fin de desterrarlo de Roma.

Y a partir de ahí destrozó a la acusación: si no había registros sobre la ciudadanía romana de Archia era porque los archivos habían sufrido daños a lo largo del tiempo: incendios, destrozos de todo tipo, mal mantenimiento, sí, aunque quisieran negarlo desde la acusación; si Archia no aparecía en los censos de Metelo era porque había estado ausente de Roma, en campaña junto con el senador Lúculo, y había testigos para probarlo, igual que se podía probar su residencia en Roma durante varios años. Pero más aún que todo eso: Archia era un poeta, un poeta reconocido que además se había dedicado a la alabanza de Roma. Cicerón se volvió súbitamente hacia el tribunal y elevó aún más el tono de su voz:

—Varias ciudades se disputan ser el lugar de nacimiento de Homero para obtener prestigio por los grandes poemas del autor griego; y Roma, Roma que tiene un poeta como Archia, un poeta que ha cantado las glorias de Roma en su lucha épica contra tantos enemigos..., esa misma Roma, ahora, ¿piensa desterrarlo? ¿Es que están todos trastornados?

Cicerón, movido por el amor a su maestro, fue elocuente como pocas veces. Al fin, dio por terminado su discurso, se volvió y se sentó junto a Archia mientras exhalaba un suspiro. Estaba cansado: no porque su defensa hubiera sido larga, pues ni siquiera había consumido el tiempo de las clepsidras que tenía asignadas, sino por la intensidad, por la pasión que había puesto detrás de cada palabra, de cada frase.

Archia aprovechó el momento y se dirigió a él en voz baja.

—La sentencia ya no es importante para mí —le dijo el viejo pedagogo griego—. Sea desterrado o no, sé que mis enseñanzas vivirán en ti por siempre. Sé que si alguna vez alguien me recuerda será por ti.

El tribunal falló a favor de la defensa y Archia permaneció en Roma.

Pero el discurso de Cicerón, como tantas otras obras maestras clásicas, se desvaneció en el olvido de los tiempos tras la caída de Roma. Una pérdida irreparable.

Monasterio de Lieja, 1333

Eran dos viajeros del sur. Uno más decidido, con veintisiete o veintiocho años, y el otro, su asistente, apenas un mozalbate de dieciséis. El sol se ponía en el horizonte y amenazaba

lluvia, pero la silueta de la abadía se vislumbraba a una legua escasa de camino. Apretaron el paso y llegaron a las puertas del monasterio con la noche recién iniciada. A una mirada de su maestro, el joven asistente golpeó la gran puerta varias veces, con todas sus fuerzas. Varios truenos bramaban en las cercanías y el muchacho empezaba a temerse lo peor: una noche al raso o refugiados bajo un árbol, mojándose y helándose de frío... Entonces los goznes de la puerta chirriaron. El viajero más veterano dio un paso, se situó por delante del joven y habló en latín al monje que miraba desde el otro lado de la puerta entreabierta con cara de pocos amigos.

—Mi nombre es Petrarca, Francesco Petrarca, y el abad sabe de mi venida hasta aquí. Me espera.

El monje no dijo nada, pero los dejó pasar.

Los acomodaron en la cocina, donde se estaba caliente, y les sirvieron un plato de sopa y algo de vino. El monje que les había abierto la puerta apareció de nuevo en la cocina y se dirigió a los viajeros recién llegados.

—En efecto, el abad os espera, pero es tarde. Os recibirá mañana, al amanecer. Os estoy preparando una celda. —Y sin esperar respuesta dio media vuelta.

Petrarca, satisfecho su apetito y a la espera de que los condujesen a la habitación donde pasarían la noche, paseó por entre las mesas de cacerolas, cuchillos y otros utensilios similares hasta que algo le llamó la atención. Se detuvo frente a un montón de pergaminos viejos que estaban amontonados en un mar de polvo y telarañas.

—¿Y esto, hermano? —preguntó Petrarca al cocinero, que fregaba con fruición varias sartenes.

—Leña —respondió el monje. No eran hombres de muchas palabras en Lieja.

Petrarca asintió, pero se agachó y tomó un pergamino de entre los muchos de aquel montón.

—¿Puedo? —inquirió mientras lo cogía.

—Aquí el tiempo corre despacio y cada uno lo pierde como quiere —respondió el hermano cocinero—. No hay nada santo ni devoto en esos pergaminos viejos, si es eso lo que teméis, pero mirad a vuestro antojo.

Petrarca se sentó a una mesa y empezó a leer. Parecía una receta vieja o quizá una explicación sobre algún unguento remoto, escrito en muy mal latín. Repitió la operación y extrajo más textos antiguos, arañados por el tiempo y el peso lento de los años; obtuvo resultados parecidos hasta que, de pronto, sus ojos se abrieron por completo y su faz se hinchó de asombro. A Petrarca empezaron a temblarle las manos y una lágrima se deslizó por su mejilla.

—No es posible... —dijo, al fin, en un susurro. Su asistente se acercó y le preguntó, también en voz baja:

—¿Qué no es posible, maestro?

—Esto —dijo; y alargó la mano, mostrándole el pergamino que acababa de leer. Su asistente se esforzó y leyó las primeras líneas torpemente, palabra a palabra, pero su expresión confusa revelaba a las claras que él no entendía la importancia de aquel hallazgo que tanto parecía haber impresionado a su maestro.

—*Si... quid... est... in... me... ingenii... iudices...* Parece un texto legal antiguo...

—Es Cicerón.

En 1333, Francesco Petrarca reencontró el discurso de Cicerón en defensa de su maestro Archia que durante más de mil años se había dado por perdido. Petrarca no sólo fue uno de los más grandes poetas, que reinventaría la poesía moderna con sus sonetos a Laura, en los que luego se fijarían

Garcilaso o Shakespeare; fue mucho más que eso. El italiano inició uno de los mayores rescates de la historia del mundo: salvar del fuego, de los basureros y de la aniquilación decenas de textos clásicos que se desdeñaban por paganos. A Petrarca lo siguieron Coluccio Salutati, Niccolò Niccoli o Poggio Bracciolini. Entre ellos recuperaron a Cicerón, Virgilio, Lucrecio, Quintiliano, Tito Livio y tantos otros: discursos, poemas, oratoria; historia y literatura salvadas del fuego.

Sería erróneo e injusto pensar que sólo se perdieron cosas en los monasterios. Los benedictinos y otras órdenes salvaron mucho, pero la aparición de Petrarca y el resto de rescatadores hizo que se valorase mucho más lo que se había salvado ya y, a la vez, que se recuperaran aún más testimonios literarios, históricos y artísticos del pasado. Sin ellos es posible que al final todo lo salvado en la Edad Media hubiera terminado perdiéndose. Así se inició el Renacimiento.

Esto sí era rescatar («liberar de un peligro, daño, trabajo, molestia, opresión, etc.», según el *DRAE*). No lo que el norte de Europa ha hecho hoy con ese sur al que tanto deben, aunque ya lo hayan olvidado. Rescatar no es eso, pero hay políticos que torturan a las palabras hasta hacerles confesar significados que no tienen.